IN MEMORIAM

JEAN DUMONT

Recuerdo muy bien la primera vez que vi el nombre de Jean Dumont impreso al pie de un artículo erudito y vibrante, en la revista —hoy desaparecida— *Intinéraires*, que el inolvidable Eugenio Vegas Latapié me pasaba todos los meses y que más que leer bebía. Luego, con los años, habría de participar modestamente en la edición de sus textos, fueran artículos, en esta revista *Verbo*, que venturosamente sigue existiendo, y que ha sido el hogar que ha acogido la mayor parte de sus colaboraciones en nuestra lengua; fueran libros, a través de la colaboración entre la Fundación Elías de Tejada, a la que dedico parte de mis afanes intelectuales y apostólicos, y la editorial Encuentro. Recuerdo también la ocasión inicial en que tuve el honor de encontrarle, acompañado de su encantadora esposa, en una de nuestras Reuniones de amigos de la Ciudad Católica, animadas incansablemente hasta hoy por Juan Vallet de Goytisolo. La impresión de su estilo polémico y generoso quedó así trasfundida y superada en el conocimiento personal de un hombre grande, simpático, locuaz. Como si su hispanismo intelectual se hubiera tornado también caracteriológico: en verdad que no parecía francés si no era por sus rasgos físicos y su fuerte acento al hablar en castellano.

Vivía a medio camino entre Vejer de la Frontera y Versalles y había dado ya a las prensas un par de libros capitales: *La Iglesia ante el reto de la historia* (1981) y *La Revolución francesa o los prodigios del sacrilegio* (1984), ambos de inteligente apologética católica e hispánica. Pronto vendrían *La hora de Dios en el Nuevo Mundo* (1991), biografía de cuatro de los evangelizadores de América, que ejemplifican admirablemente el sentido religioso de esa gesta, sin ocultar los yerros y los abusos, siempre menores en

Fundación Speiro

tal perspectiva, y *La incomparable Isabel la Católica* (1992), cuya sola rúbrica lo dice todo, alegato en defensa de nuestra Católica Reina frente a quienes habían puesto en marcha una bien orquestada campaña para impedir o frenar, como lo consiguieron, su proceso de beatificación. Más adelante, todavía, *La verdadera controversia de Valladolid* (1995), con una ponderada valoración de la figura hoy poco grata para la cultura oficial de Ginés de Sepúlveda. No hay en la literatura contemporánea páginas que exhiban mayor simpatía, más aún, comprensión más íntima y cabal del genio español en su historia, que las de nuestro autor.

Y es que ajeno a todo tópico, por ello también y principalmente al denigratorio alzado por nuestro patriomasoquismo más arraigado, Jean Dumont caló como pocos el hondón del modo de ser y el signo de la *gesta Dei per hispanos*. Por su complexión chestertoniana y su fe ardiente no encajaba en el molde de *l'honnete homme*, sino que se acercaba decididamente al del caballero cristiano. Así, quijotescos resultan la presentación en todo su brillo de la empresa católica de nuestros reyes ¡frente a la de los de Francia!, en *Lepanto* (1997), y hasta el balance en que el activo desborda ampliamente las partidas del pasivo de la más denostada de nuestras instituciones, en *Proceso contradictorio a la Inquisición española* (1983, para la edición francesa, y 2000, una de las últimas cosas que hizo, a requerimiento mío y del editor José Miguel Oriol, para la castellana, puesta al día y ampliada).

Amaba ardientemente la Cristiandad como encarnación social del Evangelio, y por ahí accedió a la comprensión última de la Hispanidad, como suprema concreción de tal designio. De ese amor a nuestra historia católica brotaron sus investigaciones primero y sus publicaciones después. En puridad su vida entera, concebida al estilo militante del servicio a la Iglesia de siempre, más allá de las arrugas que sufre su rostro en este tiempo indigente. En cabeza de uno de sus libros puso una cita del mejicano Silvio Zavala alusiva a la desconfianza que le producían los investigadores que odian los temas que tratan o que los estudian para confirmar que son detestables. No fue, desde luego, ese su caso, ejemplar en su honradez y piedad, sostenidas admirablemente hasta el final. Una vez más perdemos un carácter de otra

Fundación Speiro

época, sobresaliente en su grandeza de la difuminación de los perfiles contemporáneos. Una voz que podía reivindicar la historia de España en francés, al tiempo que podía amar la tradición católica de su país. Que podía ser católico de una pieza contra las propias mistificaciones de las jerarquías hodiernas, enfeudadas en el prurito de adaptación al mundo moderno. Que podía entrar sin contemplaciones en el laberinto del siglo XX europeo sin tener que avergonzarse de nada. Especie sin duda en peligro de extinción, para ruina de la ecología humana. Descanse en paz.

MIGUEL AYUSO

Fundación Speiro